

decidido no conocer sino por un artículo de enciclopedia»⁶. A las citas apócrifas, a la bibliografía inventada, a las referencias tácitas, al pastiche y las reminiscencias inconscientes, se mezclaban a veces los plagios inconfesados, por ejemplo «Has gastado los años, y te han gastado» («Mateo XXV, 30», *El otro, el mismo*), *I wasted time, and now doth time wast me* (William Shakespeare: *Enrique II*, acto V, escena IV).

Más irritante resultaba que, en tanto se burlaba de muchas supersticiones argentinas, respetaba en cambio otras igualmente rechazables como las glorias militares y los árboles genealógicos. Aunque era antifascista no se oponía a las dictaduras militares de tipo tradicional. Era antirracista con los judíos pero no con los negros, a los que recomendaba la esclavitud. En algunas ocasiones tenía razón por malas razones, por ejemplo: el peronismo era atacable, pero no precisamente por haber otorgado el aguinaldo a los trabajadores; estaba en lo cierto en combatir a los devotos de la ex Unión Soviética, pero equivocado al confundir estalinismo con socialismo.

Con el tiempo, no obstante, pude comprobar que en una república de las letras que destacaba por el conformismo, el asentimiento cómplice y el oportunismo, Borges osaba en algunas ocasiones, no en todas, y aunque a veces por malentendidos, nadar contra la corriente. Combatió aunque sólo fuera con las armas de la ironía, o con gestos irreverentes, algunos prejuicios argentinos: el gardelismo, el fútbol y el peronismo, lo que le valió ser estigmatizado por el nacionalismo populista. Inmune a la exaltaciones del sentimentalismo patriótico, decía que «a la audición del *Himno Nacional* prefería la del tango *Loca*». En un país donde hasta los llamados progresistas son respetuosos de la poderosa corporación clerical, osaba proclamar en unas navidades que él no las celebraba porque no era religioso y si fuera religioso no sería cristiano y si fuera cristiano no sería católico, provocando con declaraciones de este tipo, homilías de obispos acusándolo de blasfemo, aunque después de su muerte trataron de apropiárselo.

Tal vez su rasgo más rescatable era su capacidad de mantenerse inmune al contagio de esas pestes emocionales, esos delirios colectivos de unanimidad que suelen atacar a los argentinos en ciertas circunstancias de su turbulenta historia contemporánea. Su voz discordante frente al coro unánime —los escritores en primer término— que aclamaba el Mundial de Fútbol durante la dictadura de Videla, se enfervorizaba ante el amago de guerra con Chile, y deliraba con la absurda y sangrienta aventura de las Malvinas, me hizo sentir menos desolado en esos días aciagos y me deparó la sorpresa de descubrir que era posible compartir alguna emoción con Borges.

⁶ Néstor Ibarra, prólogo a *Fictions*, París, Gallimard, 1976.

También debe señalarse a su favor que algunos de sus peores defectos han sido exageraciones y a veces meras invenciones de sus acólitos, por ejemplo: la responsabilidad de ese fraude literario que hizo del ameno charlista del café *La Perla* de Plaza Once, Macedonio Fernández, un gran filósofo, poeta y novelista. Este despropósito no le atañe del todo a Borges sino a un diletante como Raúl Scalabrini Ortiz, quien en 1928 lo proclamaba «nuestro primer metafísico», y sobre todo a una generación muy posterior de escritores de ficción y críticos literarios que creyeron inéditos algunos viejos chistes de Mark Twain, y cuyo desconocimiento de la filosofía les hizo creer que las glosas de Schopenhauer constituían ideas geniales del contertulio de la noche del sábado. Si bien ya Pedro Henríquez Ureña en carta a Rodríguez Feo de 1945 se quejaba de la influencia nefasta de Macedonio Fernández sobre Borges, por otra parte debe reconocerse que éste nunca lo tomó en serio como escritor y lo consideró más bien un personaje singular, raro, un *character*, según la acepción inglesa. Ya en las palabras pronunciadas ante su tumba admitía que sus bromas y especulaciones fueron orales y que perdían la espontaneidad en la página escrita⁷. En otras ocasiones admitía que las frases de Macedonio eran bromas para ser oídas una sola vez al azar de la conversación y se lamentaba de que hubiera cometido el error de escribirlas, llegando a una suerte de «barroquismo casi ilegible»⁸.

La literatura fantástica que se había convertido en los años 40 y 50 en el género preferido de algunos miembros del grupo *Sur*, alrededor de Borges, Adolfo Bioy Casares y sus seguidores, nos dejaba indiferentes a quienes éramos partidarios del realismo. Este alejamiento no nos permitió prestar más atención a los cuentos de Bustos Domecq y a algunos personajes de otras narraciones como el poeta argentino de «El Aleph» la señora esnob de «El Zahir», donde se reflejaban el habla, los hábitos y peculiaridades de algunas clases sociales porteñas, así como en las crónicas de Bustos Domecq, la jerga de los artistas y críticos vanguardistas, con un sentido de la observación que podían envidiar muchos narradores realistas. Contradiciendo su propia acusación a los géneros llamados bajos, al sainete, al grotesco, a Catita⁹ de inventar un léxico que no habla la gente común, mostraba que a través de las formas de la caricatura, la

⁷ J.L. Borges «Macedonio Fernández», *Sur*, N. 209-210, marzo-abril de 1952.

⁸ Fernando Sorrentino Siete conversaciones con Jorge Luis Borges, Buenos Aires, Casa Pardo 1973, segunda edición, El Ateneo, 1996.

⁹ Acerca de este personaje creado por Nini Marshall, Borges decía en «Las alarmas del Dr. Américo Castro», (Otras inquisiciones, 1952) refiriéndose a los filólogos: «Poseen fonógrafos, mañana transcribirán la voz de Catita». En la edición de las Obras Completas, Borges suprimió este párrafo que fue, no obstante, predictivo ya que efectivamente años más tarde la universidad conservará esas grabaciones. Antonio Gasalla es el sucesor actual de Nini Marshall en la imitación burlesca o paródica de personajes de la vida cotidiana.

parodia y la comicidad se pueden evocar ciertos aspectos de la realidad. Además, con Bustos Domecq, desechando el uso de jergas gauchescas o lunfardas, optó por la «heterogénea lengua vernácula de la charla porteña», continuando en cierto modo el tono coloquial de algunos cronistas del 80 y adelantándose a las recreaciones de la oralidad de una literatura posterior, y también a cierta actitud ante lo *kitsch* que luego se llamaría sensibilidad *camp*.

A pesar y en contradicción con su elitismo antiplebeyo, fue uno de los primeros y raros intelectuales en valorar ciertas expresiones de la cultura de masas: el cine norteamericano, la novela policial, la gauchesca y el *western*, la arquitectura de suburbio, la milonga y el tango primitivo, y esos precursores de los *graffiti*, que fueron las inscripciones de carro.

El mito de Buenos Aires

Había sin embargo ya en los años 50 algo en Borges que atraía a quienes entonces, como aquél treinta años antes, descubríamos fascinados la ciudad de Buenos Aires, si bien con intenciones muy distintas, ya que entonces se intentaba hacer una novela, un teatro o un cine pero también una sociología o una historia social de la ciudad. Borges en cambio se había propuesto una mítica poética de la misma. No obstante compartíamos con él, a la distancia, esa pasión porteña del vagabundeo por las calles de la ciudad, ese deambular, ese pasear sin rumbo fijo, dedicado a observar, a divagar, a soñar, hábito de algunos habitantes de las grandes capitales del mundo y para el que los parisinos crearon la expresión *flâneur*. Borges aludía en sus obras tempranas a la *flânerie* cuando decía «eso que llaman caminar al azar»¹⁰, «mi callejero no hacer nada»¹¹, «caminatas extasiadas y eternas por la infinitud de los barrios»¹².

El Borges temprano, el de los poemas y *Evaristo Carriego*, se ubicaba en cierta literatura que puede llamarse de la *flânerie*¹³. No sabemos si Borges leyó el ensayo de Baudelaire, «El pintor de la vida moderna» donde se refería a la *flânerie*, ya que no era muy afecto a este autor, pero sí lo era, en cambio de Samuel Johnson quien, ya antes que Baude-

¹⁰ «Sentirse en muerte» en El idioma de los argentinos, Buenos Aires, Seix Barral, 1994, pág. 123.

¹¹ Luna de enfrente en Obras Completas, 1923-1972, Buenos Aires, Emecé, 1974, pág. 69. En adelante O.C.

¹² Evaristo Carriego, O.C. pág. 112.

¹³ Sobre la *flânerie* en Borges véanse Silvia Molloy «Flaneries textuales: Borges, Benjamin y Baudelaire» en Homenaje a Ana María Barrenechea, eds. Lía Schwartz Lerner e Isaias Lerner, Madrid, Castalia, 1984, pág. 487 ss, y Rafael Olea Franco, El otro Borges, el primer Borges, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, pág. 127 s.